

Roma; y como es probable que la mayor parte de los antiguos monumentos fuesen destruidos por las devastaciones de los Galos, cuanto sube á una época mas apartada es incierto y dudoso; y si hay algunos sucesos de los cuales pueda decirse que han acaecido realmente, solo se presentan rodeados de fábulas. De aquella época data la grandeza de Roma, que se desarrolló por la primera vez en la guerra de los Samnitas, y tambien es históricamente hablando la verdadera época heroica del pueblo romano, durante la cual es probable que se compusieron los antiguos cantos heroicos que mencionan Ciceron y Caton, y que existian aun en los tiempos de Ennio y de Tito Livio. Las antiguas tradiciones de los reyes y de los héroes, de los libertadores y de las otras épocas del destino de la inmortal ciudad, todavía estaban bastante cercanas á los tiempos heroicos de virtud y de valor de los Romanos, para que fuesen sentidas vivamente. Pero despues de la conquista de Tarento, de la Italia, de Sicilia, de la Macedonia, de Cartago, de España y de la Acaya ¿qué relacion habia ya entre la débil Roma de los antiguos tiempos, entre la aliada de los Sabinos, entre la pequeña nacion que habia permanecido diez años acampada bajo los muros de Veyas, como en otro tiempo los Griegos delante de Troya, y la Roma destinada entonces á la dominacion del universo, que corria sin detenerse hácia ese fin? Desde los mas remotos tiempos, los Griegos habian sido una nacion numerosa dividida en una multitud de tribus y de poblaciones; pero Roma que en su origen únicamente fuera una ciudad, habia llegado

á formar una potencia por la incorporacion sucesiva de los pueblos y de los países de Italia á su propio territorio; poco despues era un imperio que marchaba á la conquista del mundo entero.

Entraba pues en la naturaleza de las cosas y en la marcha inevitable de los sucesos, que las antiguas tradiciones heroicas se perdiesen cada dia mas, ó á lo menos que dejasen de ser embellecidas y desarrolladas bajo diversas formas, haciéndose por el contrario predominantes entre los Romanos la civilizacion y la poesía griegas. La falta no debe atribuirse únicamente á Ennio, del cual el sabio é ingenioso crítico que acabo de citar mas arriba, ha dicho que se habia considerado como el primer poeta de los Romanos, por haber hecho desaparecer y haber destruido totalmente la antigua poesía nacional: fácilmente se concibe que Ennio, que con tan buena fe creia poseer tres almas ó tres espíritus, porqué sabia tres idiomas, el latin, el griego y la lengua osca, la de los aborígenes de Italia, estuviese ufano por haber sido el primero en imitar de un modo nuevo, aunque reducido á sus propias fuerzas, el verso hexámetro de los Griegos. El verdadero poeta no está tampoco siempre exento de cierta vanidad; y á menudo da demasiado valor á una forma puramente exterior, y aun quizas mal escogida ó en la cual no ha tenido un completo éxito, precisamente á causa de los esfuerzos y de la reflexion que le ha costado; mientras que apenas conoce el genio que hace que le honremos, porque debe este genio á la naturaleza, y no piensa en establecer bajo este aspecto un paralelo entre él y los demas.

Ennio sin embargo ha consagrado en parte á esos asuntos patrióticos antiguos, su arte nuevo y sin esperiencia todavía; y aun respira en algunos de sus versos que se nos han conservado, una elevada inspiracion poética: la admiracion de Lucrecio nos induce tambien á juzgarle favorablemente, si podemos admitir con todo que esta admiracion estuviese cimentada en una conformidad de espíritu entre los dos poetas, y en una semejanza en la fuerza de sus pensamientos y en la energía de su lenguaje.

Entonces penetraron mas y mas en Roma los métodos y las artes de los Griegos, aunque con resultados bien diversos; pues como de todas las formas de las artes griegas, la de la historia y la de la elocuencia eran las que mas conformidad tenian con el genio de los Romanos, fueron tambien en las que mejor éxito tuvieron: en general, la filosofía permaneció estraña á su espíritu; y en cuanto á los resultados que obtuvieron en la poesia, variaron segun los diversos géneros que esta nos ofrece.

Hasta una época posterior á Ennio no se dedicaron los Romanos á algunos ensayos dramáticos; pero en este género no nos han dejado sino traducciones libres ó desaliñadas, é imitaciones informes; tales son las tragedias de Pacuvio y de Attio, que hemos perdido, y las comedias de Plauto y de Terencio, que conservamos aun. La comedia nacional, lo que en lengua osca se denominaba Atelanas, no fué mas que una especie de diversion y pasatiempo para los nobles romanos, que en medio de las delicadezas de una civilizacion es-

tranjera, encontraban todavía placer en los recuerdos de la antigua nacionalidad y de la antigua alegría itálicas; del mismo modo que en nuestros dias, á pesar del alto grado de cultura á que ha llegado el espíritu humano, se ha conservado siempre en las masas una predileccion particular por las canciones y por las comedias populares. No podia resultar de ella una forma grande y original para el teatro; y aunque no era esto imposible, no tenemos por lo menos nada que pueda hacernos pensar ó presumir que haya sido así. En cuanto á la traduccion de las tragedias griegas, la mitología de los Romanos tenia en verdad, originariamente, mucha analogía con la de los Griegos; pero en los pormenores diferia completamente, y tenia un carácter de localidad enteramente particular: Ifigenia y Edipo, Prometeo y los Atridas, ó el infortunio de los hermanos tebanos, no aparecian mas que como formas extranjeras; el conjunto quedaba semejante á esas plantas artificiales que, despues de una penosa existencia, deben necesariamente marchitarse. Las tragedias de los poetas romanos, que en el siglo de Augusto tenian fama de ser las mejores y mas perfectas que jamas se hubiesen compuesto, prueban cuan débilmente era cultivado en Roma el arte trágico; pudiendo ver en esos ejercicios oratorios bajo forma dramática que se atribuyen á Séneca, con cuanta presteza habia llegado este arte á su decrepitud. En la comedia, la pintura de las costumbres atenienses debia necesariamente dejar frio al espectador, y no hacerle la menor impresion, á causa de su carácter extranjero; por esto es fácil de concebir porqué la magia

de la pantomima y de la danza suplió al cabo á todos los demas espectáculos.

En un pueblo en que centenares de leones y de elefantes y millares de gladiadores eran sacrificados á la diversion de los espectadores, en que solo la vista de la sangre podia conmover, ¿no habia de estar embotada la sensibilidad para los sufrimientos y los dolores morales de la elevada tragedia? Siempre parecerá extraño que los Romanos, que tantos ensayos han hecho en la poesía trágica, no hayan pensado nunca en tomar sus argumentos de la historia ó de las tradiciones nacionales, mientras que los autores trágicos modernos han escogido para sus tragedias los asuntos tan poéticos y dramáticos del combate de los Horacios, de la revolucion obrada por Bruto, del triunfo que Coriolano consiguió sobre sí mismo, olvidando los agravios contra su patria; aplicando así de nuevo, y volviendo á la poesía, lo que era originariamente de su jurisdiccion. El carácter particular de esa poesía histórica da á semejante anomalía una esplicacion satisfactoria: el sentimiento patriótico que se manifestaba en esas tradiciones estaba todavía muy cercano á aquella época, para que pudiera ser representado dramáticamente. ¿Como, cuando los Gracos intentaban libertar al pueblo romano del orgullo de los patricios, hubiera podido presentar en la escena un poeta romano, conforme á la verdad histórica, á este patricio con toda su altivez delante de los plebeyos? ¿Qué papel hubiera podido hacer en la escena romana, Coriolano desterrado, espresándose con amargura contra su patria, y vituperándola, no sin fundamento, en

una época en que el mas noble é independiente de los últimos Romanos, Sertorio, viviendo en el destierro entre los pueblos de España y de la Lusitania, que no habian conquistado todavía los Romanos, procuraba desde allí salvar á su patria y fundar en aquellas apartadas regiones una nueva Roma? O bien, ¿como se hubiera podido representar á Coriolano marchando á Roma á la cabeza de un victorioso ejército, cuando un Sila se avanzaba hácia la ciudad con fuerzas imponentes; y aun en una época en que todos esos sucesos estaban presentes en la memoria y en la imaginacion de todos? No solamente en esta historia, si que tambien en todas las de los tiempos de la república, se descubria muy fácilmente la division de los plebeyos y de los patricios, cuya division formaba siempre una parte esencial de ellas. Pero ¿Bruto y los otros antiguos Romanos eran asuntos trágicos mas á propósito para el siglo de Augusto? Un ejemplo sacado del teatro moderno y del nuestro en particular, podrá servir de esplicacion á este reparo: Shakespeare espone en sus tragedias históricas la enemistad sangrienta de las casas de Yorck y de Lancastre, pero en la época en que escribia, hacia mucho tiempo que habian desaparecido esas discordias. Para nuestra escena, el poeta encuentra asuntos muy fecundos en nuestras guerras civiles, y sobre todo en la guerra de los treinta años; y á pesar de que aquí las circunstancias son muy diversas de las de los Romanos, sin embargo si quiere satisfacer á todas las exigencias del asunto que haya escogido, el poeta aleman tiene que cumplir una tarea bien difícil, y debe obrar con mucha

circunspeccion para no herir el espíritu de partido, ó si está ya amortiguado, para no despertarlo, destruyendo de este modo la impresion poética.

He aquí porqué los Romanos no han tenido tragedia propia, y porqué en general no ofrece su teatro nada de notable.

Entre los poetas que se han dedicado á los otros géneros, Lucrecio, el mas antiguo de entre ellos, es único en la literatura romana por su modo de escribir y por su espíritu; y el solo que puede darnos, bajo cierto aspecto, una idea del estilo y del entusiasmo de los antiguos poetas de Roma. En los tiempos posteriores los Romanos le conocieron poco y no supieron comprender su mérito. Su obra sobre la Naturaleza de las cosas pertenece á la forma del poema didáctico científico, nacido entre los Griegos de circunstancias particulares, y hasta cierto punto natural entre ellos. La filosofía que Lucrecio habia adoptado era la peor que un Romano y que un poeta podia escoger; pues era la de Epicuro, que destruyendo toda creencia y todo sentimiento elevado, y llena bajo el aspecto científico de las mas extrañas hipótesis, ejercia sobre la vida una influencia, si no inmoral, á lo menos muy egoista y antinacional; y sobre todo aniquilaba la imaginacion y era enemiga de toda poesía; sin embargo Lucrecio ha vencido todas estas dificultades. Con dolor se ve á un genio tan grande caer en los funestos errores de los sofistas griegos: él es el primero de los poetas romanos por el entusiasmo y por la elevacion de los pensamientos; y como á cantor de la naturaleza, es el mas eminente de los poetas de la

antigüedad que conocemos. Se me permitirá hacer aquí algunas reflexiones generales sobre este género de poema, y principalmente sobre el lugar que la naturaleza debe ocupar en los cuadros poéticos.

Es evidente que la poesía no debe escoger para asunto de sus cuadros y de sus inspiraciones al hombre solamente, si que tambien á la naturaleza que le rodea; en ella se encuentra precisamente la diferencia triple que se observa tambien en el hombre: el cuadro poético de este puede ser, en primer lugar, un espejo fiel de la vida real y de lo presente; ademas el recuerdo de los tiempos maravillosos de un siglo heroico; ó bien cuando la poesía tiende mas bien á inspirar el entusiasmo que á describir, el cuadro puede aun servir para despertar y excitar los sentimientos mas íntimos del corazon humano. Todo esto puede aplicarse igualmente á la naturaleza; la poesía debe presentarnos el cuadro del conjunto de los fenómenos exteriores de ella; para eso encuentra materiales en todo lo que la primavera tiene de vivificante y consolador; el mundo animal, de mas noble bajo el aspecto de la forma y de la vida; en lo que las plantas y las flores tienen de mas bello y agradable; en todo lo que las mutaciones exteriores del cielo y de la tierra tienen de grande y de significativo á los ojos del hombre. El único punto difícil es saber evitar el exceso; pues las descripciones prolijas cansan y carecen de efecto aunque sean verdaderas: pero algunas flores sacadas del seno abundante de la naturaleza, unidas á la poesía, y colocadas en su verdadero lugar, constituyen su mas bello adorno. La naturaleza tambien ha tenido su época ma-

ravillosa, cuando era menos regular y mas gigantesca, cual aparecia la raza humana en la edad heroica: este sentimiento se apodera de nosotros al aspecto de las regiones salvajes, de las montañas y de las rocas precipitadas unas sobre otras, como las ruinas del mundo primitivo. Todos los documentos y tradiciones de la antigüedad nos confirman esa gran catástrofe acaecida en otra época de la tierra; y las apariciones insólitas, las tempestades, los huracanes, las inundaciones, los diluvios y los terremotos nos llevan en parte y de un modo reducido á ese estado salvaje de la naturaleza. Todos estos asuntos son grandes y favorables para un gran poeta, y á menudo demuestra Lucrecio en ellos un admirable talento descriptivo. Pero aun aquí el poeta tan solo necesita de una suposicion general de un estado mas libre y mas salvaje, de un pasado noble y sublime, para que su imaginacion tenga un vasto campo en lo maravilloso del universo. El punto de vista puramente científico de este estado, por ejemplo, la cuestion de si las montañas han sido formadas por erupciones volcánicas ó simplemente por efecto de la inundacion de las aguas, es tan ageno de la jurisdiccion de la poesía como la doctrina atomística, que con toda la viveza de su imaginacion no ha podido presentar Lucrecio bajo una forma poética. En fin, el poeta entra en contacto con la naturaleza por el sentimiento; pues no solo en el canto del ruiseñor, ó en todo lo que nos conmueve, si que tambien en el ruido del torrente y en el retumbo de las selvas, nos parece que oimos acentos de alegría ó de tristeza que no nos son desconocidos; como si

algunos espíritus y sentimientos parecidos á los nuestros quisiesen penetrar hasta nosotros, y se hiciesen comprender, quebrantando penosas trabas y salvando grandes distancias. Para escuchar estos sonidos, y para comprender y presentir el alma de la naturaleza, busca el poeta la soledad: las dudas del sabio, sobre si la naturaleza es verdaderamente animada, ó si no es mas que una ilusion, le importan poco; basta que este afecto y semejante presentimiento existan en la imaginacion y en el corazon del hombre y del poeta; y aun cuando su mirada pudiese penetrar en los misterios de la creacion, y descubrir á los espíritus de la naturaleza operando en sus secretos laboratorios, el poeta no quisiera ni se atreviera á levantar enteramente el velo benéfico que los cubre. No se encuentran en los poetas griegos y romanos mas que ligeros vestigios de este modo de considerar el mundo tan lleno de profundidad; se descubre mas en los antiguos poetas del Norte, que vivian entregados enteramente al sentimiento de la naturaleza. Pero todos estos cuadros, todas estas afeciones naturales, no pueden presentarse en la poesía separados del hombre, cuyo mas bello adorno constituyen: si se separan de él, el cuadro del universo, tan grande y tan completo, que la poesía debe ofrecer á nuestra vista, queda mutilado, y la armonía perdida; y sus efectos, tan grandes cuando se presenta el cuadro en toda su estension, vense divididos y bajo un aspecto mezquino. Por esta razon el poema didáctico científico, á cuya clase pertenece el de Lucrecio, es una forma incompleta, que debe ser desechada lo mismo que la

filosofía que escogió; á pesar de que él nos inspire mucho interes como hombre, y la mayor admiracion como poeta.

Segun la época en que escribieron pueden considerarse y compararse mejor los grande escritores de Roma. Los últimos tiempos de la república han sido menos perfectos bajo el aspecto de la lengua, pero incomparablemente mas ricos que el siglo de Augusto. Como orador, tiene Ciceron bastante variedad y práctica del arte; y la importancia de sus asuntos, como tambien el lugar que ocupa en la historia del universo, dan á sus discursos un valor mas grande. Sin embargo es difícil concebir como se ha podido considerar cual tipo del buen estilo, ese lujo de palabras que le distingue y que á menudo es afectado; pues hasta sus contemporáneos atribuian á sus discursos cierta hinchazon asiática. Lo que le hizo sobre todo importante para la literatura y la civilizacion de su país, fué la introduccion en Roma de la elevada filosofia moral de los Griegos: en quanto á las especulaciones mas profundas en cuyo laberinto se complacia tanto en divagar el ingenio de estos, para desplegar allí un arte sutil, nõ tenia Ciceron mas disposiciones que cualquier otro Romano; pero como á simple amigo de la filosofia, y no buscando en su seno durante las horas del infortunio, del desvío de los asuntos públicos, ó bien de un dulce descanso, mas que consuelos ó alguna ocupacion, supo escoger sus doctrinas con mucha discrecion y tino. Primero se adhirió á la filosofia de Platon, como la mas favorable para un desarrollo de la inteligencia grande y general, y

porqué toda la antigüedad convenia en considerarla como el colmo de la perfeccion, bajo el doble aspecto del genio y del estilo: pero como los sucesores de Platon, de quienes recibieron esta filosofia los Romanos, se habian vuelto enteramente escépticos, porqué su maestro siempre habia ejercido la filosofia como arte, y no habia por consiguiente dejado ninguna teoria completa; sucediõle á menudo en las circunstancias de la vida á que no conviene el escepticismo, tener que recurrir á las doctrinas morales de los Estoicos, ó cuando la severidad de opiniones particulares á esta escuela le alejaba de ella, á Aristóteles, que, buscando un término medio en todo, ha adoptado tambien en moral un término medio entre la rigidez de los Estoicos y la doctrina relajada de Epicuro. Ciceron solo tenia repugnancia por la filosofia de este último, en lo cual obraba con razon. No se debe creer á la verdad, que todos los que, entre los antiguos, han considerado con Epicuro el deleite como el objeto final y mas elevado de la vida, hayan aceptado todas las consecuencias perniciosas é inadmisibles que se derivan de este principio, y se hayan conformado á ellas en sus acciones; pero aun en el caso de que por este deleite, que se representaba como el bien supremo del hombre, no se hubiese entendido, como juzgaba Aristipo, el goce positivo de los sentidos, sino únicamente el estado agradable que resulta del contento interior que los Epicureos mas morales, lo mismo que otros filósofos griegos, buscaban principalmente en la sociedad de amigos animados de los mismos sentimientos que ellos y en